

de pasión, que el jóven olvidó por completo á Yolanda y no se sintió ya desgraciado. Aquella mirada fué un bálsamo divino que cicatrizó las llagas de su orgullo, por un momento al ménos, pues llagas son esas que se abren continuamente y sangran siempre.

El marqués de Bruyeres estaba en un sitio, y por ocupado que estuviese en aplaudir á Zerbina durante la representación, no dejó de ir á saludar á Yolanda á quien conocia y á quien á veces acompañaba á la caza. Contóle, sin nombrar al Barón, el duelo del capitán Estruendo con el duque de Vallombreuse, duelo del que mejor que nadie conocia él los detalles, por haber sido testigo de uno de los dos adversarios.

—En vano es que hagais el discreto,—respondió Yolanda,—puesto que en el capitán Estruendo he adivinado al barón de Sigognac. ¿No le he visto acaso partir de su nido de buhos en compañía de esa chacharera, de esa cómica que desempeña el papel de ingénuo de un modo tan compungido,—añadió con risa un poco forzada,—y no se hallaba en vuestro castilló en pos de los cómicos? A su aspecto inocente no hubiera yo creído que fuese un cómico tan perfecto ni campeón tan valiente.

Mientras hablaba con Yolanda, el marqués paseaba sus miradas por la platea cuya vista disfrutaba mejor que desde el sitio que de ordinario ocupaba, cerca de los violines, para mejor seguir los movimientos de Zerbina. Su atención se fijó en la dama tapada, en quien hasta entonces no había reparado, puesto que, sentado en la primera fila, daba casi siempre la espalda á los espectadores, de quienes queria ser visto lo ménos posible. Aunque la desconocida estuviese sepultada en oleadas de negra randa, el marqués creyó reconocer en el talante y actitud de la misteriosa beldad algo que le recordaba vagamente la marquesa su esposa.

—¡Bah!—se dijo,—mi mujer debe hallarse en el castilló de Bruyeres donde la dejé.

Sin embargo la dama hacia brillar en el anular de la ma-

no que tenia coquetamente descansada en la baranda del palco, como en compensación de no mostrar su rostro, un grueso diamante que la marquesa tenia la costumbre de llevar, y este indicio, turbando la imaginación del marqués, hizo que este se despidiera de Yolanda y del anciano caballero para ir á asegurarse del hecho por medio de un cumplido brusco, pero no tan rápido que no hallase el nido sin el pájaro cuando llegó al palco, pues la dama, alarmada, se había ido. Aunque el de Bruyeres fuese un marido filósofo, no dejó de quedar contrariado.

—¿Estaria enamorada de Leandro?—murmuró;—afortunadamente he hecho apalejar de antemano al fátuo, y de este lado estoy en regla.

Hecha esta reflexión, que le devolvió la serenidad, dirigióse el marqués hácia el escenario en busca de Zerbina, quien extrañaba su tardanza y le recibió con el mal humor fingido con que esta clase de mujeres atraen á los hombres.

Después de la representación, Leandro, inquieto por la súbita salida de la marquesa en mitad de la función, dirigióse al sitio de la plaza de la iglesia donde iba á buscarle con la carroza el page. Este le estaba aguardando solo, y después de entregarle una carta acompañada de un cofrecito muy pesado, desapareció tan rápidamente entre las tinieblas, que el cómico hubiera podido dudar de la aparición si no hubiese tenido entre las manos la misiva y el paquete.

Acertando por acaso á pasar en aquel instante un lacayo con una linterna para ir á buscar á su amo en alguna casa vecina, llamóle Leandro, quien rompió el sobre del billete con mano apresurada y temblorosa, y, acercando el papel á la linterna que el criado sostenia á la altura de la nariz, leyó lo que sigue:

«Querido Leandro: Temo que á pesar de mi antifaz mi

» marido me haya reconocido en el teatro; fijaba con tal insistencia sus ojos en mi palco, que me he retirado apresuradamente para no verme sorprendida. La prudencia, tan contraria al amor, nos prescribe que esta noche no nos veamos en el pabellon. Podríais ser espiado, seguido, muerto quizás, sin hablar de los peligros á que yo misma me espondria. Esperando más venturosas ocasiones, dignaos llevar la cadena de oro que os entregará mi page, y ojalá que cada vez que os la pongais al cuello os traiga á la memoria la que nunca os olvidará y os amaré siempre.»

«La que para vos sólo se llama María.»

—Aquí dió fin mi novela,—murmuró Leandro poniendo una moneda en la mano al lacayo de la linterna;—¡es lástima! ¡Ah! encantadora marquesa, cuánto tiempo os hubiese amado,—prosiguió el cómico cuando hubo desaparecido el criado;—pero el destino, celoso de mi dicha, no lo ha permitido. Quedad tranquila, señora, no os comprometeré con arranques indiscretos, pues vuestro brutal marido me heriria sin piedad y sepultaria el hierro en vuestro blanco pecho. No, no, nada de esas matanzas salvajes, más á propósito para las tragedias que para la vida comun. Aunque con amargura del corazón, no buscaré veros otra vez, y me contentaré con besar esta cadena ménos frágil y más pesada que la que nos ha unido un instante. ¿Cuánto valdrá? A juzgar por su peso, mil ducados cuanto ménos. ¡Cuán acertado ando en amar á las damas! no tienen más inconveniente que las palizas y las estocadas que uno arriesga en su servicio. En suma, la aventura se detiene en buen punto; no nos quejemos.

Y curioso de ver brillar á la luz su cadena de oro, se dirigió á la posada de las *Armas de Francia*, con paso asaz resuelto para un amante que acaba de recibir el despido.

Al entrar en su cuarto, Isabel vió encima de la mesa un

cofrecito colocado adrede para llamar la atención más distraida. Debajo de uno de los esquinazos de la cajita, que debia contener cosas muy preciosas, pues ella era ya en sí una joya, habia un papel doblado, que contenia en caracteres trazados penosamente por mano que no debia de tener el uso libre, estas palabras: «Para Isabel».

A la vista de aquel regalo ante el cual hubiera vacilado más de una virtud, el carmin de la indignacion invadió las mejillas de la jóven actriz. Sin abrir siquiera el cofrecito por curiosidad femenina, Isabel llamó á maese Bilot, quien no se habia acostado todavía á causa de estar preparando una cena para algunos caballeros, y le ordenó que se llevase el cofrecito y lo remitiese á quien perteneciese, pues ella no queria sufrirlo un minuto más en su posesion.

El posadero fingióse asombrado y juró por su patron que ignoraba quién habia puesto en aquel sitio el cofrecito, aunque barruntase su procedencia. En efecto, era la señora Leonarda, á quien se habia dirigido el duque, calculando que una vieja triunfa allí donde naufraga el diablo, quien habia fraudulentamente colocado aquellas alhajas encima de la mesa, durante la ausencia de Isabel. Pero en aquel caso la condenada vieja habia vendido lo que no podia entregar, creyendo demasiado en la fuerza corruptora de la pedrería y del oro, que no influye sino en las almas viles.

—Llevaos esto de aquí,—dijo Isabel á maese Bilot;—volved esta caja infame á quien la envia, y sobre todo no receis una palabra de esto al capitán; aunque mi conducta en nada sea culpable, podria enfurecerse mi amigo y promover un escándalo que perjudicaria mi reputacion.

Maese Bilot admiró el desinterés de aquella jóven actriz que ni siquiera habia mirado unas alhajas capaces de trastornar la cabeza á una duquesa, y las volvia desdeñosamente como confites de almidon ó nueces confitadas, y, al retirarse, le hizo un saludo respetuosísimo, como hubiera dirigido á una reina, tanto le sorprendia aquella virtud.